

Robert Reich, *The common good*, 2018, Nueva York, Alfred A. Knopf, 193 pp.

RECEPCIÓN: 31 de agosto de 2018.

APROBACIÓN: 2 de agosto de 2019.

DOI: 10.5347/01856383.0131.000296737

Escribió Robert Reich en *The common good* que el uso del término “bien común” ha caído en desuso, pues ya no está de moda. Para el autor, la sociedad estadounidense abandonó a finales de la década de 1970 la idea del bien común, que él describe como el cambio del “estamos todos juntos en esto” al “quedas librado a tus propios medios”.

Al mejor estilo de la bibliografía estadounidense de negocios, Reich trata de responder a la pregunta sobre qué es el bien común mediante un ejemplo, el caso de Martin Shkreli, un intermediario de fondos de cobertura condenado por defraudar a sus inversionistas con un esquema de Ponzi. Shkreli se hizo famoso por haber encarecido el Daraprim, la única medicina contra la toxoplasmosis, cuyo precio subió de 13.50 a 750 dólares por pastilla. Sin embargo, el autor nunca responde a la pregunta, más allá de entender el bien común como un conjunto de valores compartidos por la sociedad, y queda en una simple reflexión sobre cómo la preocupación por el bien personal sustituyó a la preocupación por el bien común.

Para el autor, el bien común, el interés mutuo, es lo que da unidad a la sociedad. “Sin un bien común que nos una, no existe la sociedad” (p. 18). Reich define el bien común como si consistiera en el conjunto de “nuestros valores compartidos sobre lo que nos debemos unos a otros como ciudadanos que estamos unidos en una misma sociedad”. Lo que nos vincula como estadounidenses —argumenta— no es el nacimiento o la etnia, sino un compromiso con los ideales y principios fundamentales: respeto por el estado de derecho y las instituciones democráticas, tolerancia de nuestras diferencias y creencia en la igualdad de derechos políticos y la igualdad de oportunidades.

Reich alega, por paradójico que pueda parecer, que lo propio de los Estados Unidos no ha sido el racismo, ni la discriminación ni la confrontación con

otras naciones, sino su apertura para aceptar a otras personas y a colaborar con otras naciones. Los verdaderos patriotas para él son los que refuerzan el “we” del “We the people”.

Desgraciadamente, posturas como las de Ayn Rand y Robert Nozick han proliferado en la educación moral, como puede constatarse en el actual presidente de Estados Unidos y buena parte de su régimen, que ensalza el individualismo de Rand. Si nos abandonamos a una postura así —afirma Reich—, “viviríamos en un manicomio. Si todo mundo se comportara como Martin Shkreli, dedicaríamos mucho de nuestro tiempo y nuestra atención a burlarnos o a protegernos de otras personas. Tendríamos que asumir que todos quieren aprovecharse de nosotros. Los castigos deberían ser mayores y la fuerza policiaca debería aumentar para que personas como Shkreli no supongan que es más ventajoso violar la ley y arriesgarse a ser castigados que acatarla” (p. 23).

Aun sin definirlo, Reich asegura que el bien común depende de que la gente confíe en que el resto de la sociedad también lo busca. Solo así se refuerza la confianza entre todos; de otra manera, cualquier cambio será visto como una posibilidad más de que quienes aplican o proponen un cambio, quieran sacar un provecho.

Para el autor, los primeros padres que formaron la nación estadounidense eran hombres llenos de virtud que intentaban establecer la ciudad de Dios en la Tierra. Trabajaban juntos, enfrentaban los problemas juntos, decidían juntos lo que, como comunidad, debían hacer y se apoyaban mutuamente en la búsqueda de un bien común. Sabían que dependían los unos de los otros y que todo esfuerzo debía ser común para alcanzar sus objetivos. Sin ciudadanos virtuosos, la nueva república sucumbiría ante la regla autoritaria, vacía de sentido y de humanidad. La regla emanaba de la voluntad popular: “We the people...” Pensar que cualquier forma de gobierno podía asegurar la libertad y la felicidad sin que estuviera guiado por la virtud era una idea quimérica (*cf.* p. 38). El hombre virtuoso buscaba el bien público, se sacrificaba por el bien de la comunidad.

Hay un conjunto de normas e ideales tácitos que dan cohesión y unidad a una sociedad y alimentan la confianza entre sus miembros. Sin embargo, algunas personas perciben en estas normas no escritas y que son asumidas por todos una oportunidad para obtener ventajas sobre los demás. Cuando son varios los que rompen continuamente las normas, la confianza mutua se va minando hasta romperse totalmente o desaparecer, lo que, como consecuencia, arruina la búsqueda de un objetivo común. El autor recorre la historia de la política social y económica de Estados Unidos desde 1964, y recuerda los

grandes escándalos políticos, económicos y sociales de los gobiernos y los poderes de ese país (pp. 52-63), y explica cómo en los últimos años han aumentado y han minado la confianza en un bien común.

Algunas de las nuevas prácticas cambiaron las reglas del juego poniendo el acento no en la búsqueda del bien común, sino en obtener el éxito personal. En concreto, Reich señala tres acontecimientos que cambiaron el modo de pensar de la sociedad:

1. La política de hacer todo lo necesario para ganar, independientemente de las reglas tácitas del buen gobierno, basadas en la igualdad de derechos, de modo que los más poderosos obtienen ventajas sobre los demás.
2. En las empresas, se sigue el principio de “hacer lo que sea necesario para aumentar las ganancias” (p. 74), ya que existe un deber moral con los inversionistas que obliga a los directores a obtener el máximo beneficio para ellos. En otras palabras, el único deber es aumentar las ganancias, independientemente de las reglas no escritas sobre la honestidad y la responsabilidad empresarial.
3. En lo económico, se hace lo necesario para cambiar las reglas de la economía y que funcione de manera óptima, desechando la norma de que el libre mercado debe funcionar equitativamente para todos, y no que los más poderosos se lleven casi todas las ganancias.

Por esta razón, para Reich “las instituciones políticas y económicas claves de nuestra sociedad —partidos políticos, corporaciones y el libre mercado— han abandonado su compromiso con el bien común” (p. 90). Esto ha provocado que nunca como hoy la riqueza se haya concentrado en pocas manos. La desregulación permite que las empresas financieras y productivas acumulen ganancias aun si dañan la economía de amplios sectores de la población, especialmente en el campo de la medicina, donde las patentes impiden la competencia abierta en los medicamentos. Los grandes intereses y los grandes capitales amañan el mercado a su conveniencia. Por esta misma razón, las desigualdades económicas van en aumento y generan desconfianza y resentimiento social hacia las clases más favorecidas.

Para Reich, la gran cuestión es saber si el concepto del bien común puede restaurarse. La erosión que durante medio siglo ha minado la confianza de los hombres requeriría una fuerza política inmensa o leyes más adecuadas. Esto no parece ser un camino viable. Por ello, el autor ve una posible solución en cuatro factores:

1. Erigir liderazgos (empresarios, políticos, etc.) que infundan confianza. Abandonar la idea económica de éxito para regresar a la concepción de

alcanzar grandes metas sociales (búsqueda del bien común) (p. 112) y recordar que el fin del liderazgo no es ganar, sino servir.

2. Reforzar la idea del bien común por medio de los conceptos de honor y deshonra (p. 131), inculcados en la educación de los padres. Los valores de la sociedad se transmiten a las nuevas generaciones gracias a modelos que admiran y, sobre todo, el ejemplo de los padres. Ser respetado por la sociedad siempre ha ejercido una fuerza en el comportamiento de los hombres. La deshonra lleva al ostracismo, la separación del grupo social y, posiblemente, la muerte. Sin embargo, hoy la sociedad admira a quien se haga notorio, independientemente del trabajo o el esfuerzo que hubiera puesto (o no) en alcanzar sus objetivos.
3. Recuperar la verdad. Muchas personas confunden la moral personal con la moral pública. Cuando una persona ejerce el poder en una función pública, sus actos se convierten en públicos y como tales deben ser juzgados. No se puede justificar la mentira. La sociedad debe vigilar y deshonrar la mentira. “Cuando aceptamos las mentiras como hechos, o lo ilógico como lógico, perdemos la realidad compartida necesaria para abordar nuestros problemas comunes. Nos volvemos impotentes” (p. 158). La verdad se ha comercializado. Los políticos la usan para su propio beneficio y trastocan la “realidad” según la interpretación que les reporte los mayores beneficios. Lo mismo podemos afirmar de los medios de comunicación, cuyo interés primordial no es ya el servicio de informar a la sociedad de los hechos, sino el mayor rendimiento económico procurando que sus acciones suban más que las de su competencia.
4. Fomentar la educación cívica en todos los niveles. Los niños deben ser educados asimilando los valores propios de la sociedad que los acoge y aprendiendo a deliberar, en diálogo con los demás, qué es lo mejor para el mundo y para la sociedad. Si queremos restaurar la confianza en la sociedad es necesario reconectar la educación con estos valores. Las escuelas y universidades no deben centrarse solo en formar habilidades, sino también en enseñar obligaciones cívicas (p. 177). La educación cívica debe inculcar en los jóvenes el amor por la verdad y la capacidad de pensar de manera crítica. Debe impartir cierto grado de escepticismo acerca de lo que leen o escuchan al confirmar lo que los medios o las redes les informan. Deben entender lo importante que es para la democracia y para perseguir el bien común separar los hechos reales de la ficción.

Además, debe inculcarse la búsqueda de la virtud civil por encima del beneficio personal y la importancia de escuchar otras opiniones, de dialogar y aceptar la posibilidad de estar equivocados.

Este aprendizaje no puede ser solo teórico. La educación en la escuela debe estar acompañada de la acción concreta, para que los niños aprendan a responsabilizarse de otras personas menos afortunadas. Los jóvenes y los niños deben entrar en contacto con personas de otras realidades, que piensan distinto de ellos y del entorno al que pertenecen. Deben aprender a comunicarse con ellos y a aprender de ellos.

La propuesta de Robert Reich es sencilla: recuperar los valores que formaron la nación estadounidense identificándolos con la idea del bien común. Tales valores se centran en los principios básicos de toda convivencia democrática, como el respeto a las diferencias, la tolerancia, la igualdad entre los hombres, etc. ¿Realmente son los únicos valores que distinguen a la sociedad estadounidense? ¿Acaso no pueden ser interpretados de modo distinto dependiendo de la cultura o de las ideas políticas que se defienden en uno u otro caso?

Reich parece creer que el bien común describe las reglas básicas para una sociedad decente, no las políticas y los propósitos que deberían guiar a los ciudadanos en el contexto de estas reglas básicas. ¿Es posible separar tales reglas de las políticas partidistas y de los fines que cada ciudadano persigue? ¿Es factible sacar de la ecuación los demás valores o antivalores que históricamente han estado presentes en la cultura estadounidense y que se arraigan, de especial manera, en la sociedad conservadora?

Basta poner un solo ejemplo: la política de inmigración. Reich argumenta que el bien común “no se trata de asegurar fronteras, erigir muros y mantener a otros afuera”. Por el contrario, el bien común es la inclusión: unirnos para lograr objetivos comunes. ¿Quiénes deben ser incluidos?: ¿los ciudadanos del país?, ¿los inmigrantes que buscan nuevas oportunidades?, ¿los “dreamers”? Tanto demócratas como republicanos defienden su peculiar punto de vista, pero todos se apoyan en la idea del bien común para respaldar su posición. Tal vez identificar el bien común con valores democráticos no sea suficiente.

ALEJANDRO ORDIERES SIERES
Departamento Académico de Estudios Generales, ITAM